

# TERROR EN LA RED 3



Los hombres  
que querían apagar  
la luz del mundo

ÁLVARO COLOMER  
Y ANTONIO LOZANO



edebé

# **TERROR EN LA RED 3**

Los hombres que querían  
apagar la luz del mundo

ÁLVARO COLOMER  
Y ANTONIO LOZANO

© Álvaro Colomer y Antonio Lozano, 2013

© de esta edición: Edebé, 2013  
Pasco de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

1.ª edición, septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0881-4

Depósito Legal: B.

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LOS HOMBRES QUE QUERÍAN  
APAGAR LA LUZ DEL MUNDO

WWW. PRIMERA PARTE

## [http://1\\_](#)**LA HABITACIÓN VACÍA**

Derek abrió los ojos en una habitación diáfana, compuesta por cuatro paredes de papel y un suelo de parqué, sin otro elemento decorativo que el futón donde él estaba tumbado. Las sábanas eran de seda, vestía una bata suave, no llevaba ropa debajo. Se frotó los ojos, notó que tenía la boca seca y le sobrevino la necesidad de beber un vaso de agua. Pero no había nada a su alrededor. Ni una mesita de noche, ni una cajonera, ni siquiera una lámpara. Una desnudez absoluta. Y, sin embargo, el lugar resultaba de lo más apacible. La luz se difuminaba a través de las paredes de papel, el trino de los pájaros se filtraba con delicadeza y un ligero olor a incienso impregnaba el ambiente. Derek no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba y, aun así, nunca había disfrutado de un despertar tan dulce.

Trató de incorporarse lentamente, pero un intenso dolor en la nuca refrenó el impulso. Se echó la mano a la parte trasera del cuello y notó una protuberancia, como un granito recubierto por una costra, que le hizo suponer que le habían inyectado algún tipo de somnífero. ¡Lo habían drogado! Hizo un esfuerzo por recordar cómo había llegado a ese lugar y se vio invadido por una sucesión de recuerdos espeluznantes.

Le vinieron a la memoria los últimos acontecimientos que había presenciado: el incendio en el Hogar Fuller, el asesinato de su madre en un inhóspito polígono industrial, el secuestro de los miembros de la secta Koruki-ya, la aparición de la Gran Dama en la cabina del avión y la muerte de Ojo de Tiburón destripado por sus secuaces. Sin embargo, lo que le sacudió con más contundencia fue la remembranza de la última vez que vio la imagen de Nerea en la pantalla del ordenador, justo antes de que lo raptaran. Ahora, cuando el sentimiento de desesperación empezaba a apoderarse de su ánimo, la recordaba con absoluta nitidez. ¡Debía volver a verla! ¡Tenía demasiadas cosas que decirle! Y entonces le asaltó otro recuerdo, el de la Gran Dama afirmando que se lo llevaban a Japón.

La convicción de que tardaría en volver a deleitarse con el rostro de Nerea cayó sobre él como un peso muerto. Resistió la tentación de cerrar los ojos y abandonarse a la nada. Aquella habitación espartana debía de formar parte de la guarida que la secta Koruki-ya tenía en el país nipón, por lo que Derek y Nerea no sólo estaban separados por las paredes del lugar donde había sido confinado, sino por mi-

les y miles de kilómetros. Al caer en la cuenta de estos, se echó a temblar. Nadie sabía dónde se encontraba y, en consecuencia, nadie vendría a rescatarle. Ni siquiera él mismo conocía los motivos por los que había sido secuestrado. En la estancia, por descontado, no había ningún ordenador que le permitiera conectarse con el mundo exterior.

Derek se echó las manos a la cara y sintió ganas de llorar, pero consiguió reprimir sus lágrimas porque no quería que los miembros de la secta le vieran derrumbado. Estaba completamente solo y lo único de lo que disponía para enfrentarse a sus captores era su fuerza interior. Tenía que comportarse como un hombre, fingir que dominaba la situación, plantar cara al infortunio. A fin de cuentas, Nerea y él habían conseguido arruinar los planes iniciales de aquellos indeseables. Habían impedido que sacrificaran a seis adolescentes y habían conseguido que se hiciera público que una organización de dementes pretendía acabar con la tecnología en todo el planeta. Así que la Gran Dama y sus secuaces no eran tan temibles como pensaban. Él, Derek, a quien todo el mundo conocía como ‘El niño de la habitación’, contaba con un arma que nunca podrían arrebatarse: su dignidad.

Haciendo un esfuerzo mayúsculo, se incorporó lentamente y se quedó de pie sobre el futón. Miró a su alrededor buscando alguna cámara de videovigilancia que pudiera estar grabándole, pero no encontró ninguna. Caminó hasta una de las paredes de papel y pegó la oreja tratando de detectar algún ruido que pudiera indicarle qué había en el exterior. Sólo captó el sonido del viento y el canto de los



pájaros resonando como si se encontrara en el mismísimo paraíso terrenal. De las otras paredes le llegó lo mismo: la armonía de la naturaleza. No obstante, afinando bien la vista y mirando fijamente aquellas láminas de papel, creyó percibir sombras moviéndose al otro lado. No emitían ningún ruido, quizá caminaran descalzas, pero sin duda se trataba de seres humanos deambulando por los alrededores.

En la mente de Derek se debatían dos fuerzas: la curiosidad y la agorafobia. Sentía un deseo ardiente de saber quién había en el exterior, aunque le aterraba deslizar la puerta corredera y verse abocado al mundo. Retrocedió unos pasos hasta quedarse plantado en medio de la estancia, tratando de acumular el coraje necesario como para vencer sus miedos. Tras unos minutos de indecisión, se dio cuenta de que la curiosidad era más poderosa que su temor a los espacios abiertos y se acercó de nuevo a la pared. Estiró la mano, agarró el marco de la puerta y lo deslizó hacia la derecha. La rendija dejó entrar una pequeña línea de luz. Derek la interceptó con la mano. El sol iluminaba su palma y las motas de polvo bailaban en el aire. Se sintió reconfortado por el calor y le inundó una paz interior que no sentía desde hacía años.

Continuó deslizando la puerta hasta que la apertura le permitió asomar el rostro. Se quedó extasiado al contemplar el escenario que se desplegaba ante su mirada. Un enorme jardín, en cuyo centro había un pequeño lago con cisnes, patos y nenúfares, se ofrecía a sus ojos. Había árboles inmensos, sin duda milenarios, podados con tanto esmero que ninguna hoja sobresalía por encima de las demás. Ha-

bía islas de flores que se mecían con el viento liberando una fragancia embriagadora. Había caminitos de piedra tan bien integrados en el entorno que se dirían diseñados por la propia naturaleza. Había farolillos de papel colgando de unos hilos que surcaban el jardín. Había mil y un detalles que conferían un aspecto celestial a aquel lugar. Pero, por encima de todas estas cosas, había un montón de personas, gentes de todas las edades y de todas las razas, paseando en un silencio sepulcral, fundiéndose con la tranquilidad que allí se respiraba.

De vez en cuando, alguno de estos paseantes se detenía y alzaba la cabeza hacia el sol, como si estuviera cargándose de energía. Los demás lo imitaban, quedándose todos con los ojos cerrados y las palmas de las manos extendidas, dejándose acariciar por el calor que llegaba de las alturas. Transcurridos unos segundos, retomaban sus andares y se dispersaban de nuevo por el jardín, como si nada hubiera ocurrido.

Todo era sumamente extraño, y al mismo tiempo coherente. Derek no entendía el comportamiento de aquellas personas y aun así no le sorprendía. Es más, si hubiera podido, se habría sumado a aquel rebaño que caminaba y miraba al sol en silencio, cohesionado por la bendición de una atmósfera cálida y pacífica.

Pese a la sensación de bienestar que le invadió, Derek no se atrevió a salir de su habitación. Aun cuando sentía ganas de hacerlo, su agorafobia se lo impedía y no quería arriesgarse a sufrir un ataque de pánico en medio de todos aquellos desconocidos. La posibilidad de convertirse en la

nota discordante de un lugar donde nadie gritaba ni se alteraba se le antojaba casi un insulto.

Así que cerró lentamente la puerta, dio dos pasos hacia atrás y se quedó mirándola. Inmediatamente sintió un irrefrenable deseo de volver a abrirla y seguir disfrutando de la calma que aquel ambiente desprendía. Estuvo a punto de hacerlo, pero se contuvo al darse cuenta de que su propio comportamiento resultaba anormal. ¿Cómo era posible que, aun sabiendo que había sido secuestrado, se sintiera tan a gusto en aquel lugar? ¿Qué raro embrujo podía hacer que se olvidara de todo —de la muerte de su madre, de la sonrisa de Nerea, de los maléficos planes de la secta— con tan sólo mirar un jardín? ¿Qué diablos le habían hecho para que borrara el sufrimiento que aquellas gentes le habían provocado y para que disfrutara del paisaje como si nada hubiera ocurrido?

Las preguntas se agolparon en su cabeza y le sacaron, al menos durante unos segundos, del nirvana en el que flotaba. Se asustó al darse cuenta de que su mente podía dejarse llevar por un estado de euforia obviamente artificial y reincidió en la idea de que le habrían suministrado algún tipo de droga que le hacía bloquear el dolor y concentrarse en el bienestar. No tenía pruebas de esto, a excepción de aquella punción en la nuca, pero su comportamiento era tan inapropiado que no quiso bajar la guardia y se juró a sí mismo que lucharía contra cualquier clase de placer que pudiera sentir durante su cautiverio.

—Tienes que ser fuerte, Derek —murmuró para sus adentros—. No olvides que todo esto es un espejismo y que tu misión prioritaria es escapar.

Se repitió esta orden varias veces, tratando de interiorizarla con la mayor contundencia posible, como si ese diálogo consigo mismo fuera la única defensa contra la manipulación emocional a la que estaba siendo sometido.

Se alejó de la puerta corredera. Una parte de él clamaba para que volviera a abrirla y se uniera a aquellas personas que deambulaban felices por el jardín; otra parte lo obligaba a distanciarse de la pared, haciéndole caminar de espaldas por la habitación. Retrocedió dos o tres pasos, oponiendo resistencia a una corriente invisible que lo empujaba en sentido contrario. Y hubiera seguido forzando su propio cuerpo para que caminara hacia atrás si no hubiese topado con un objeto. Al notarlo contra sus pantorrillas, se dio la vuelta y descubrió una mesita con un televisor en el centro de la sala. Unos minutos antes allí no había nada, pero, mientras él contemplaba el exterior a través de la apertura de la puerta, alguien había entrado en la habitación y, sin hacer ningún ruido, había depositado aquel monitor.

Derek quedó aterrado. Sólo había una puerta de acceso a la sala y era la que él había estado usando. ¿Cómo había aparecido aquel televisor en la estancia? ¿Quién lo había metido? ¿Por dónde? ¿Qué estaba ocurriendo? Echó un vistazo a su alrededor buscando alguna trampilla por la que alguien hubiera podido colarse, pero no encontró absolutamente nada. Pensó que tal vez estaba durmiendo y que todo aquello no era más que una pesadilla. Se pellizcó en un brazo. No, no lo era. La televisión estaba donde antes no había nada y jamás descubriría cómo había llegado hasta allí.

Derek se acercó al aparato con precaución, dudando

sobre si debía encenderlo o dejarlo apagado. Saltaba a la vista que, si lo habían colocado ahí, era porque alguien quería que viera las imágenes. Los secuestradores pretendían comunicarse con él a través de la pantalla, pero él no estaba seguro de querer seguirles el juego. Aun así, se sentó sobre sus propios talones y observó el monitor. Creyó reconocer un pequeño punto en el centro, casi una mota de polvo. Se quedó mirándola. Había algo hipnótico en esa manchita, algo tan fascinante como el jardín que antes contemplaba. Acercó la mano para tocarla, pero su brazo se detuvo antes de alcanzarla.

En pocos segundos, el punto se hizo círculo y el círculo devino en una espiral que giraba y giraba y giraba constantemente. La línea curvada fue aumentando de grosor hasta que la pantalla quedó totalmente en blanco, como si estuviera enfocando un cielo resplandeciente. Un águila apareció por el marco derecho, voló hacia el lado contrario y desapareció por el margen izquierdo. Derek no se dio cuenta, pero sus ojos se fueron más allá de dicho margen, como si creyera que el ave fuera a salir del televisor. Miró otra vez a la pantalla cuando comprendió que jamás ocurriría tal cosa. El monitor estaba en blanco y una oleada de angustia recorrió el espinazo del espectador. Deseaba volver a ver el águila con todas sus fuerzas.

Por el contrario, la pantalla fue oscureciéndose hasta fundirse en negro. Fue un proceso tan paulatino que Derek ni notó que estaba apagándose hasta que la negritud lo dominó todo. Entonces la cámara hizo un *zoom* invertido, de grande a pequeño, y Derek identificó aquella mancha negra

como la pupila de un ojo, de un ojo con el iris verdusco y la retina atestada de venas azuladas. Era un ojo tenebroso, un ojo lleno de odio, el ojo del mismísimo Diablo, que de vez en cuando parpadeaba y miraba a derecha e izquierda, como si quisiera ver cuanto ocurría a ambos lados del televisor. Las pupilas de Derek lo imitaron, aun cuando su cerebro no se diera cuenta, y un sudor frío le inundó la frente. Tenía pánico y no sabía a qué.

Una vez más, la pantalla se puso en blanco y en esta ocasión apareció una mujer que se balanceaba en una mecedora con un niño en brazos. El bebé dormía y la madre lo miraba. No hacían nada más. Uno descansaba, la otra sonreía. Así durante quince minutos que para Derek transcurrieron en una exhalación. Se sentía dichoso observando esa imagen, protegido, en paz. El terror se había esfumado y ahora sólo sentía sosiego, como si él fuera el recién nacido que se abandonaba a los cuidados maternos.

Entonces la pantalla resplandeció de nuevo. Se mantuvo en blanco durante unos segundos para mostrar enseguida una imagen del monte Fuji, la montaña sagrada de Japón, alrededor de cuyo pico volaba un águila en círculos. Derek la observó durante mucho rato. Nunca llegó a saber cuánto, pero probablemente fueron varias horas. El águila volaba alrededor de la montaña y el sonido del viento parecía tan real que 'El niño de la habitación' se encogió sobre sí mismo, como si le llegaran las mismas corrientes de frío que azotaban aquellas cumbres, y se tumbó en el suelo. Pese a la sensación térmica, se sentía a gusto. Libre e ingrátido como el águila.

Se quedó dormido.